

Las Paredes de Cañas gordas



Entre la literatura
y las tradiciones orales.



La Hacienda Cañasgordas, declarada Monumento Nacional en 1980, inspiró una de las principales novelas del Valle del Cauca: *El Alférez Real*, de Eustaquio Palacios, es una versión romántica de la vida en la Hacienda, enmarcada en una corriente literaria que añoraba las “nobles” costumbres.

Algunos habitantes del actual corregimiento de El Hormiguero, ubicado en antiguos terrenos de Cañasgordas, se consideran descendientes de los esclavos de esta propiedad. Curiosamente narran una leyenda que contrasta con la perspectiva histórica de la novela. Dicen que hay manchas de sangre y marcas de látigo en las paredes. Cicatrices que reaparecen cuando intentan borrarlas.

Este artículo analiza estas manifestaciones culturales, literatura y tradiciones orales, que surgen de la Hacienda Cañasgordas y que evidencian el impacto de este monumento histórico en la cultura regional.

A quince minutos de la Casona de Cañasgordas, por la vía que conduce a Puerto Tejada, se encuentra El Hormiguero, uno de los corregimientos con mayor población afrodescendiente de Cali. Rodeado por grandes extensiones de caña de azúcar, sólo limitado al oriente por el río Cauca. Hay quienes dicen que los fundadores de este asentamiento fueron esclavos de la Hacienda que se guarecieron en sus riberas selváticas: “Mis tatarabuelos salieron de ahí... nosotros los negros de aquí somos hijos, bisnietos, tataranietos de la Cañasgordas... la casa primera del Hormiguero se llama Cañasgordas” (Alfonso Olmos, habitante de El Hormiguero, septiembre de 2011).

Cuentan los ancianos que El Hormiguero estuvo conformado por unas cuantas chozas de bahareque, construcción indígena adoptada en las haciendas, y que el río fluía por debajo de estas chozas levantadas sobre palotes. Había árboles frutales y hortalizas en vez de cañaduzales. Los apellidos Barona y Caicedo, que predominaban entre sus habitantes, eran herencias de las marcas a hierro y fuego que tenían sus ancestros. En aquellas épocas cargaban a sus muertos en parihuelas de guadua hasta el cementerio de Jamundí. Los ritos funerarios propios del mundo negro, con sus cantos, sus bailes y sus rezos, se alargaban por nueve días con sus noches.

Para los ancianos entrevistados, la Hacienda tiene un curioso significado, es una especie de museo del horror, donde los visitantes pueden observar, además de misteriosas manchas de sangre, instrumentos de tortura como látigos, cepos y horcas.

“A uno lo llevaban a ver y eso era muy feo, uno encontraba sangre por toda esa Hacienda” (Tulio González, habitante de El Hormiguero, septiembre de 2011).

“Dicen que en las paredes hay manchas de sangre vivita. Y eso como que tiene un encanto la cosa más tremenda, se oyen ruidos, hasta llantos, se oyen llantos” (Buenaventura Valor, habitante de El Hormiguero, septiembre de 2011).

“El día lunes, a él le gustaba tomarse sus traguitos y nos poníamos a conversar, y nos comentaba sobre los esclavos, y que pintaban la Hacienda y que aparecían las manchas de sangre, yo nunca he ido, nunca he ido a la Hacienda” (Carmen Montaña, habitante de El Hormiguero, octubre de 2011).

41
Lista de los esclavos de Cañasgordas
los esclavos de Cañasgordas
Apolinario Cajón
Luteria mujer de este
No Pedro Solter

Quizás estos relatos no son producto de la imaginación. Con seguridad tienen un fundamento que adquirió tintes de ficción al ser contado de boca en boca y transmitido de generación en generación. Para comprobarlo es suficiente con echarle un vistazo a las leyes sobre el control y la sujeción de los esclavos. Los transgresores de estos mandatos de hierro, mejor conocidos como códigos negros, podían enfrentar castigos que iban desde azotes hasta quemaduras y mutilaciones.

Muchos hormiguereños desconocen el mundo idílico de *El Alferez Real* que tiene como escenario la Hacienda Cañasgordas. La novela es resultado de varios años de consulta en los archivos coloniales de Cali, investigación que se vislumbra, en palabras de Eustaquio Palacios: “En ella verás que me he servido de un cuento, puramente fantástico, para describir personajes reales y hechos verdaderos, y las costumbres de esta ciudad en una época determinada; y verás también que he respetado los datos de la tradición en la pintura de los caracteres y en la cronología de los sucesos”.

Eustaquio Palacios se sustentó en fuentes escritas y los hormiguereños en tradiciones orales, ambos para recrear la historia de la Hacienda Cañasgordas. Los africanos que arribaron al Nuevo Mundo lograron preser-

var parte de su cultura a través de la oralidad: “La Hacienda Cañasgordas, según me contaban mis abuelos, eso era como una casa o un depósito donde llegaron los esclavos. Allí esa gente hacía sus negocios, vendían los esclavos, los vendían como una partida de ganado. Eso era lo que me contaban los viejos” (Buenaventura Valor, habitante de El Hormiguero, septiembre de 2011).

Algunos habitantes afirman que El Hormiguero tiene de 250 a 300 años. Testimonios que son el principal sustento sobre la presencia de descendientes de esclavos de Cañasgordas en el corregimiento. Sin embargo, la información “académica” sobre su fundación y antigüedad es pobre.

Pocas investigaciones reconstruyen la genealogía de las poblaciones negras del sur del Valle y del norte del Cauca. En el Archivo Histórico de Cali se preserva un documento de 1834 que lista 111 esclavos de Cañasgordas, sin incluir los hijos de éstos manumitidos por la ley de libertad de vientres (AHC, 1834). “Serán libres los hijos de las esclavas que nazcan desde el día de la publicación de esta ley en las capitales de provincia, y como tales se inscribirán sus nombres en los registros civiles de las municipalidades y en los libros parroquiales”.

Felipe
Palacios
41 Donstev
Los Esclavos de Cañasgordas



¿Qué ocurrió con los cautivos de la familia más poderosa de Cali una vez obtuvieron su libertad? Si bien no existen investigaciones que prueben la relación directa entre esta comunidad y la Hacienda Cañasgordas, es imposible ignorar las pistas de los hormiguereños. “Cuando les dieron la libertad a los esclavos, muchos de ellos no querían salir del lado de los Cayzedo, que era el apellido de los dueños de la Hacienda Cañasgordas. Entonces hubo inclusive que cogerlos a perrero para que pudieran dispersarse. Sin embargo, muchos de ellos se quedaron en este sector, lo que es el corregimiento de El Hormiguero. Entonces cogieron lo que era la orilla del río Cauca, porque era la fuente de pescar” (Luis Payán, habitante de El Hormiguero, septiembre de 2011).

Una porción de los terrenos bajos de la Hacienda Cañasgordas era denominada Morga. El Alférez Real da cuenta de dicho espacio: “Al pasar la puerta de golpe se dividieron en partidas: una de ellas tomó por la llanura abajo a los bosques de Morga; otra por la colina arriba, hacia las cabeceras del río las Piedras; otra por las dilatadas vegas que quedan a la derecha del Pance; y otra, en fin, por la ribera izquierda del Jamundí, hasta las selvas del Cauca”.

Una vereda del corregimiento es nombrada indistintamente Morga o Morgan. Los bosques de Morga y las selvas del Cauca eran territorios salvajes e inhóspitos, donde probablemente se escondieron aquellos que huían del látigo de sus dueños.

De acuerdo con Germán Patiño (2005) la consolidación del espacio en el Valle del Cauca es una muestra material de sus relaciones de poder. Los propietarios más pudientes se asentaron en las faldas de las montañas y en los pie de montes y dejaron los territorios de praderas anegadizas, de bajíos y de ciénagas para los campesinos, los esclavos y los “libertos”. Sus viviendas quedaron en territorios inundables que utilizaron para cultivar o como vías de comunicación.

El aumento de negros libres o prófugos fue uno de los principales efectos de las guerras civiles. Muchos hacendados, ante esta riesgosa situación “económica”, cedieron parcelas para cultivo, bajo el sistema del colonato. De este modo los esclavos libres continuaron asociados a sus antiguos dueños y originaron comunidades afrodescendientes en los terrenos de las haciendas.

“La historia del Hormiguero está ligada a la historia de Cañasgordas” dice Nelly Guapacha, lí



María Alexandra Isaacs Rincón es curiosa, sus palabras favoritas son ¿por qué? No cree ni gusta de las verdades impuestas. Es una antropóloga apasionada por el periodismo, la literatura y demás disciplinas que permitan acercarse a un pedacito de la realidad social y plasmarla en la tinta y el papel.

der comunitaria. Por esta razón considera una desmembración cultural la división que determinó que la casona de Cañasgordas hiciera parte de la Comuna 22 y no del corregimiento. Tras estas afirmaciones hay un interés de reconocimiento territorial, cultural y político.

Los hormiguereños están bajo el dominio de los ingenios, al igual que sus ancestros secuestrados de África para trabajar en las plantaciones azucareñas de América. Como en la novela *La Vorágine*, donde la selva se tragó a sus personajes, a El Hormiguero se los está tragando la caña: “Había mucho que comer, cuando uno llegaba a esos palos de guanábana, arrimaba uno y mejor dicho, tenía una buena comida. Había muchos árboles frutales, nadie aguantaba hambre. Mientras que hoy día, pues ya no hay sino caña de azúcar, y ya ni se puede chupar, esa caña es muy dura” (Oscar Possú, habitante de El Hormiguero, octubre de 2011).

En Colombia muchos movimientos afrodescendientes acuden al pasado para reivindicarse. No pretenden una incorporación dentro de lo establecido, sino una redefinición a partir de la diferencia. Las identidades, nunca puras, siempre híbridas, resultan de procesos históricos particulares y juegan un rol clave en estos movimientos que apelan a su autonomía cultural.

La comunidad de El Hormiguero busca un reconocimiento a partir de la ancestralidad y la alteridad. Sean o no descendientes de esclavos de Cañasgordas, probarlo rebasa los propósitos de este ensayo, la Hacienda es la representación física de su imaginario sobre la esclavitud, porque las manchas de sangre permanecen vivas, no en sus paredes, sino en su memoria.

Aunque estos relatos se alejan de la mirada romántica de la novela, una versión no excluye a la otra. Por el contrario, ambas prueban el impacto de Cañasgordas en la cultura regional. En este caso, la literatura y las tradiciones orales construyen identidad a partir de este mismo espacio.

*Palacio Sumajer
Doctores hijos de id.
Gertrudi id. . . .*